

Un historiador con *biografía*. Conversación con Nicolás Sánchez-Albornoz

Abdón Mateos
(UNED)

Nicolás Sánchez-Albornoz, profesor emérito de Historia de la Universidad de Nueva York, resulta bien conocido por los especialistas de historia económica y demografía histórica, y ha insistido durante los últimos años en el estudio comparativo y social del exilio español de 1939. Al comienzo de los años noventa, fue el primer director del Instituto Cervantes, sentando las bases de su expansión hasta nuestros días. Hijo del influyente historiador y político republicano Claudio Sánchez-Albornoz, su pertenencia a la segunda generación del exilio, la de los niños de la guerra, es un testimonio de singular importancia para la recuperación de la memoria democrática, pues su itinerario recorre experiencias como el antifranquismo, la represión y el exilio.

¿Qué recuerdos tiene de la segunda república y de la guerra civil?:

De la República, mis recuerdos no pueden ser muchos, pues nací en 1926. Guardo, sí, imágenes, como las de la campaña que precedió al triunfo del Frente Popular. Estudiaba en el Instituto Escuela y el autobús escolar que me llevaba a clase recorría el centro de Madrid empapelado de arriba a abajo de propaganda electoral. La Puerta de Alcalá no presentaba ni un centímetro libre de un cartel repetido de Gil Robles clamando dedo en alto: “¡A por los trescientos!”, cifra de diputados que nunca consiguió. Vivía en la calle Ferraz esquina a la Plaza de España, de modo que, al sublevarse meses después los militares, me encontré en primera línea de fuego, aunque en cama pues estaba enfermo. Al teléfono de mi casa llegaban del Ministerio de la Guerra las directivas para el asalto al Cuartel de la Montaña. Por años, conservé las balas rebeldes que se incrustaron en las paredes. Mi padre era entonces embajador en Portugal e hizo cuanto pudo para que saliera del Madrid en guerra y me uniera a él en Lisboa. Cortada la comunicación por tierra, el viaje, acompañado de un tío mío, tuvo que seguir un recorrido insólito. El buque insignia de la marina portuguesa nos llevó con cientos de repatriados portugueses de Alicante a Lisboa. El *Afonso de Alburquerque* se sublevó nada más depositarnos en tierra y trató de unirse a la flota republicana, episodio largamente silenciado en el país vecino con el que Saramago concluye una de sus novelas. Mi estancia en Lisboa fue corta. Al romper Salazar las relaciones diplomáticas con la República, tomamos el primer barco para Francia. Allí la Universidad de Burdeos contrató a mi padre, y en esta ciudad pasamos la guerra civil. La entrada de los alemanes nos obligó a separarnos. Mi padre pudo refugiarse solo en Argentina, mientras que mis hermanas y yo regresamos a España para vivir con nuestros abuelos.

¿Cómo empezó su compromiso con la Federación Universitaria Escolar (FUE)?

Al volver a España en 1940, proseguí en Madrid el bachillerato empezado en Burdeos, al tiempo que cursaba el español. Al cabo de un par de años, el esfuerzo duplicado me pareció inútil y me decidí por hacer por libre de una vez los tres últimos años del bachillerato español, más la reválida. En ese verano, no me permití ni un minuto de respiro, pero confieso que a la proeza me ayudó la excelente preparación que traía del bachillerato francés. Fue así como ingresé en la Facultad de Filosofía y Letras de Madrid en el curso 1943-1944. El primer año de comunes consistió en tantear afinidades. En el segundo, el intercambio de ideas invitó a pasar a los hechos. La expectativa de cambio que la victoria aliada suscitó sirvió de estímulo. La FUE de Madrid, con ramificaciones en varias facultades y escuelas, no pasó de ser un grupo pequeño, aunque suficientemente molesto. Del ámbito universitario salimos para entrar en relación con otras organizaciones clandestinas, en especial con las juventudes de la *Alianza Nacional de Fuerzas Democráticas*. Los contactos con organizaciones de mayor calibre multiplicaron nuestras posibilidades de actuación. La CNT, por ejemplo, imprimió nuestra prensa. En justa reciprocidad, me tocó en un viaje a Valencia para enlazar con la FUE local, llevar conmigo el primer boletín conjunto UGT-CNT. De aquel momento, septiembre de 1946, data mi amistad con José Martínez. En otro viaje, para coordinar políticas y acciones con la FNEC (la Federación Nacional de Estudiantes de Catalunya), me detuvieron en Barcelona. Por un momento, hubo por cierto dos UFEH, como en realidad se llamaban la unión de las diversas FF.UU.EE. La diferencia entre ambas, más que ideológica, fue generacional. Ricardo Muñoz Suay, elegido en el último congreso de la UFEH celebrado durante la guerra y de filiación comunista, creyó necesario reflotar la UFEH, lo que no había podido hacer antes por estar perseguido. Ni él, ni quienes le acompañaron, cursaban sin embargo estudios, mientras que nosotros estábamos en las aulas. De cualquier modo, en noviembre de 1946, la dualidad se resolvió al caer sus dirigentes, salvo Manuel Tuñón de Lara que logró huir a Francia. Nosotros no tardamos en pasar por el mismo trance. En marzo de 1947 nos detuvieron y el 14 de abril ingresamos en la prisión de Alcalá de Henares. A la salida de la cuarentena, nuestros predecesores nos acogieron con la mayor cordialidad. El reencuentro acabó en reunificación. Por algún lugar debe quedar el documento suscrito con toda formalidad. Para los jóvenes, la cárcel resultó ser una escuela de clarificación de ideas y de ciudadanía. Con la esperanza de atraernos hacia su causa, los partidos y organizaciones sindicales nos sometieron en los patios de Alcalá a intensos cursillos individuales y peripatéticos, las llamadas *barbas*. En la cárcel pudimos conocer a personalidades, como Piñeiro o Michelena, de una talla intelectual y moral como era difícil encontrar en la calle.

¿Qué opinión le merecen las evocaciones de la fuga de los estudiantes de la FUE de Cuelgamuros, por ejemplo, la novela de Manuel Lamana, Otros hombres, o incluso la versión cinematográfica Los años bárbaros de Colomo? :

La novela que escribió poco años después de fugarnos Manuel Lamana, recoge con toda fidelidad los acontecimientos, con concesiones literarias menores, más una ambientación existencialista de época. Por otra parte, hablé mucho con Colomo y los guionistas de la película. Ella revive de forma paladina unos hechos políticos con multitud de detalles exactos, algunos de los cuales pueden parecer inverosímiles pero no lo son, como, por ejemplo, la copia a base de un huevo duro de un sello oficial para los documentos falsificados que exhibimos camino de Barcelona, o también que se nos entregaran salvoconductos de frontera firmados por el capitán general de Cataluña gracias al ordenanza

que se los puso a la firma. En la escena del Consejo de Guerra, aparece de espaldas un alférez entre los acusados. Por él, la vista no pudo celebrarse ante un consejo formado, como los demás, por oficiales de baja graduación, sino que estuvo presidido por el general Vigón en persona. Las arbitrariedades jurídicas cometidas en ese juicio están recogidas en la novela *La fin de l'espoir*, publicada por entregas bajo el seudónimo de Juan Hermanos en *Les Temps Modernes*, la revista de Jean-Paul Sartre. Por otro lado, no faltan en la película episodios o personajes añadidos para ajustar el guión a la dinámica filmica que el director quería imprimirle.

Al llegar a la Argentina, ¿qué pasos dio en el oficio del historiador?:

Al reunirme con mi padre en la Argentina me vi obligado a revalidar mi difícilmente logrado bachillerato español y a empezar de nuevo la carrera de historia que había dejado avanzada pero no concluida. La enseñanza de los profesores peronistas de la época, entre indolentes e incapaces, no provocó en mí interés alguno por la historia argentina o americana. Como tampoco de España llegaban inspiraciones, mi tabla de salvación fue la lectura de las obras salidas de la escuela francesa de los Annales, cuya revista insignia llegaba con toda regularidad. Siendo ya profesor en la Universidad Nacional del Litoral, la Fundación Rockefeller me dio la oportunidad de ampliar conocimientos en el exterior. El dilema que se me presentó fue estudiar historia económica en Chicago con Hamilton, cuya reconstrucción de las series de los precios españoles me resultaba muy sugerente, o hacer lo mismo de otra manera en el ambiente familiar de Francia, opción por la que me incliné. De la historia económica me interesaba la del siglo XIX español entonces en mantillas y en la que, en mi opinión, hundían sus raíces los problemas contemporáneos de mi país. En la famosa *École de Hautes Études* participé en los seminarios de Braudel, Vilar, Meuvret y otros y en los archivos nacionales y en el *Quai d'Orsay* recogí un cúmulo de información que no he terminado de estudiar, pero de la que salieron trabajos monográficos reunidos en parte en *España hace un siglo: una economía dual*, un libro mío que dio que hablar.

¿Qué recuerda más del contacto con Pierre Vilar en el París de los años sesenta?

De mi padre heredé una vieja amistad con Pierre Vilar y su mujer, Gabriela Berrogain, al punto que cuando en 1948 llegué a París huido de Cuelgamuros dormí la primera noche en su casa. En su seminario, Vilar expuso entonces el tema que con el tiempo se convirtió en su famosa obra *Crecimiento y Desarrollo*, pero la historia de España entraba a menudo en una discusión muy abierta debido a un doble interés, el suyo y el de los numerosos jóvenes españoles que acudían a él los viernes por la tarde. Entre ellos me encontré de nuevo con Pepe Martínez, pero también a los estudiantes exiliados de la Agrupación Socialista Universitaria (ASU). Aparte de formativo, el seminario representó para mí el reencuentro con la España que había dejado una docena de años antes.

¿Cómo pasó de la historia de la España contemporánea a la de América?

Al regresar de París a la Argentina me nombraron director del Instituto de Investigación Histórica de la Universidad del Litoral en Rosario. La formación investigadora que debía dar a los alumnos tenía por lógica que versar sobre temas argentinos. La historia que le interesaba y con documentación abundante no era la española, sino la del lugar. Por la cabeza de los arqueólogos, antropólogos y sociólogos de la Facultad rondaba la idea de realizar a modo de ensayo un trabajo interdisciplinario conjunto que debería contar con el aporte de los historiadores. El área de estudio, asequible para todos por su contenido y dimensión, fue el valle preandino de Santa María, en Catamarca, con un largo asentamiento humano. Dos temas históricos enlazaban con las preocupaciones de las ciencias sociales vecinas. Éstos eran el estudio de una serie de libros parroquiales, que nos permitió trazar la evolución y el comportamiento de la población desde el siglo XVII y, el otro, la evolución también de la estructura de la propiedad de la tierra. Las fichas de datos y los informes ya realizados no fueron arrinconados, sino destruidos al entrar los militares en la Facultad durante la dictadura de Onganía. Queda por determinar si esa destrucción fue más dañina que la prohibición por el jefe del ejército de Córdoba de enseñar gramática estructural o, en matemáticas, la teoría de los conjuntos.

¿Puede decirse que su llegada a los Estados Unidos constituyó un exilio dentro de otro?

Al ocupar los milicos las universidades, renuncié en protesta, junto con muchos colegas, a todos mis cargos en la universidades argentinas. Las fundaciones Ford y Rockefeller se preocuparon por crear oportunidades en el exterior para los renunciantes. De New York University, recibí una oferta para enseñar historia, pero el visado de entrada en los Estados Unidos tardó dos años en serme concedido por mis antecedentes en España. La Universidad se portó admirablemente conmigo. Mantuvo su oferta semestre tras semestre e hizo cuantas presiones pudo para arrancar mi visado. Llegué finalmente a Nueva York con mal pie, el día del asesinato de Martin Luther King en abril de 1968. Ante los ojos de mis colegas era un exiliado argentino. Mi docencia y también mi investigación tuvo que tomar allí un sesgo cada vez más latinoamericano, por el mayor interés que los alumnos sentían por esa región que por España. El tipo de historia pluridisciplinar que había dirigido en Rosario cuadraba con el enfoque en auge en ese momento en los Estados Unidos. De esa dedicación salieron los libros titulados *La población en América Latina* o *Indios y tributos en el Alto Perú*. Del primero había publicado un primer bosquejo en Buenos Aires en 1968, pero animado por el profesor Borah, de la Universidad de California, y por la inmensidad de los fondos a mi disposición en las bibliotecas americanas, preparé la versión que ha circulado más.

La polémica entre su padre, Claudio Sánchez-Albornoz, y Américo Castro sobre la formación histórica de España exploró en cierto modo las raíces remotas de la guerra civil. ¿Cómo la valora en el presente?:

A mi padre le manifesté lo contraproducente que resultaba en mi opinión el exceso de polémica que trasuntaba el manuscrito de *España, un enigma histórico*, pero no conseguí que presentara sus argumentos en un tono más positivo. En todo caso, mi padre abordó la sociedad en su conjunto mediante un despliegue de información más variada. Castro, en cambio, razonó a partir de los textos literarios que conocía bien, pero que suponían una seria limitación. Aquella polémica me parece anticipar la situación actual de la historiografía

actual, sobre todo norteamericana. La historia cultural posmoderna ha adquirido allí un auge desproporcionado y peligroso. Por puntos singulares cuya relevancia fuerza, se adentra en el imaginario y en sus discursos y se olvida en cambio de los grandes frescos de la sociedad.

El nombramiento de Claudio Sánchez-Albornoz a la presidencia del gobierno en el exilio en 1962 coincidió con su compromiso con la nueva oposición, de la segunda generación del exilio, en empresas culturales antifranquistas como la editorial Ruedo Ibérico, en la que participa con su amigo José Martínez:

Mi padre alcanza la presidencia del gobierno republicano en el exilio sin buscarla. Al morir Martínez Barrio, correspondía que el primer vicepresidente de las Cortes asumiera la presidencia de la República. El turno recaía en Luis Jiménez de Asúa, un jurista eminente y militante del PSOE, por el que siempre sentí gran afecto y admiración intelectual. Asúa dudó largamente en aceptar el compromiso, pero sus correligionarios y amigos consiguieron convencerle argumentando las consecuencias que podría tener para la causa republicana que el vicepresidente siguiente, la diputada comunista Dolores Ibarruri, la asumiera. Jiménez de Asúa condicionó su aceptación a poder constituir un gobierno de personalidades, antes que de representantes de partidos, que pudiera dar un nuevo impulso a las instituciones. Para presidirlo pensó en mi padre, viejo compañero en las luchas universitarias de la dictadura de Primo de Rivera, amigo personal y casi vecino en Buenos Aires. Me constaba la debilidad de las instituciones republicanas pues temía que la legalidad no fuera capaz de devolver la democracia en España, aunque tampoco creía que hubiera que renunciar a un símbolo, cuya mera presencia dejaba patente la falta de legitimidad de la dictadura y que la irritaba profundamente. Yo me había incorporado el año anterior en un proyecto con una orientación distinta, la fundación de *Ruedo Ibérico*, cuyo propósito no era tanto brindar lectura al exilio o dar cauce a la pluma de los refugiados, como habían hecho hasta entonces las editoriales republicanas de México, sino la de proporcionar esas lecturas y oportunidades al interior. *Ruedo Ibérico* se proponía ser una plataforma de la España aspirante a la democracia en el exterior y lo consiguió bajo la batuta de José Martínez, un editor de primera calidad.

La editorial Ruedo Ibérico, estudiada por Albert Forment, permitió el despegue de la historiografía sobre la era contemporánea española sin las cortapisas que imponía la censura franquista que, como ha recordado Javier Tusell, excluía aún en los años sesenta la investigación académica sobre la República.

Los dos primeros libros publicados por *Ruedo Ibérico*, el de H. Thomas sobre la guerra civil y el de G. Brenan sobre la preguerra, obraron de revulsivo al llegar a las estanterías de los españoles. Demostraron que cabía un tratamiento del tema distanciado de la propaganda. Los libros de este género se acumularon en el catálogo de la editorial. La historia en general alcanzó entonces un auge generalizado al sustituir la discusión política, imposible bajo el franquismo. Mi papel en la editorial fue, como socio fundador, apoyar la gestión de Pepe desde la distancia de Buenos Aires o Nueva York donde residía, a lo largo de

circunstancias que nunca fueron fáciles. Me congratulo de que en libro de Forment quede clara mi intervención a la fuerza limitada, pero leal al proyecto inicial.

En marzo de 1976 regresa a España junto a su padre, después de una larga expatriación. A menudo se ha afirmado, entre otros por Santos Juliá, que durante la transición se produjo una ruptura con la experiencia del exilio, ¿qué opinión tiene de la política de la memoria durante la transición y la democracia?

La transición recuperó los valores democráticos custodiados por el exilio. La Constitución de 1977 incorpora lo principal de la de 1931. Ahora bien, los republicanos no pudieron ocupar un lugar en el arco político de la transición no tanto por su indudable debilitamiento, como por la discriminación que padecieron. Hubo republicanos que volvieron del exilio para participar en la contienda política, pero que regresaron a su país de acogida ante las barreras que se oponían a su actuación. La transición se hizo con la anuencia de los franquistas, quienes eligieron a sus interlocutores.

Sin embargo, su afirmación contrasta con la publicación de, por ejemplo, nada menos que 175 libros de memoria, ensayo o historia sobre la experiencia republicana en 1977. Se celebran congresos de historiadores. Se puede decir que se recupera el pasado republicano en la cultura literaria aunque se silencien aspectos comprometidos de la guerra civil, como la represión, en el debate político y en los medios de comunicación. Hubo quizá un cierto divorcio entre el trabajo de los historiadores y la presencia de los temas de la tragedia española en los medios de comunicación y, por tanto, su impacto sobre la sociedad española, por lo que quizá ahora aflore esa memoria oculta:

Una cosa es el rescate académico del pasado y otra la acción institucional. Ni siquiera los gobiernos socialistas tuvieron prisas por extender reconocimientos y compensaciones a quienes pelearon en el bando republicano o sufrieron persecución o exilio. Las reparaciones llegaron escatimadas y tarde para los interesados, la mayoría de los cuales desapareció de este mundo en la espera. Más que a dar ánimos a una población largamente perseguida, cabría decir que vinieron a lavar algunos sentimientos de culpa.

Una parte de los llamados lugares de la memoria, en términos de Pierre Nora, de la dictadura franquista, sus Arcos de Triunfo, monumentos a los caídos, calles y estatuas, han pervivido en la España democrática. A menudo se ha producido una superposición de lugares de la memoria constituyendo un ejemplo paradigmático, la coexistencia en los Nuevos Ministerios de Madrid de una estatua ecuestre de Franco, bustos de Largo Caballero y Prieto, y un monumento a la Constitución de 1978. Aunque en 1985 se inauguró en la Plaza de la Lealtad un discreto monumento a todos los caídos españoles, ha pervivido también como recuerdo de los vencedores de la guerra civil el monumento funerario franquista del Valle de los Caídos:

En el Valle de los Caídos no se vende todavía el libro de Daniel Sueiro ni el vídeo de la película de Colomo, y los guardas nunca mencionan que lo construyeron presos políticos, dando una explicación sesgada, y eso ha ocurrido durante todo el gobierno socialista hasta la actualidad.

Desde los años noventa hasta el momento presente ha coordinado obras sobre el exilio como, por ejemplo, El destierro español en América y diversos artículos sobre los historiadores refugiados, así como análisis comparativos con otros exilios, ¿qué le parece la eclosión reciente del interés de los españoles y de los medios de comunicación sobre experiencias como el exilio o la represión, sobre las víctimas de la posguerra?:

El interés es justo, pero me temo que llegue tarde. Los historiadores pueden escudarse en que los archivos de la época, cerrados a cal y canto, se han abierto a la consulta hace poco y no todos lo están. El Estado de la transición tampoco ha hecho mucho para crear archivos orales donde se recoja la voz de quienes no manejan la pluma y que merece ser oída. A estas alturas, se trata menos de hacer memoria que de sumergirse en los profusos papeles que los regímenes autoritarios dejan. En la medida en que los jóvenes vayan localizando más fuentes iremos colmando las lagunas del pasado que todavía tenemos. Otra cosa es que los medios de comunicación descubran el tema de la guerra, el exilio y la represión y que lo lleven a la prensa y a las múltiples pantallas, despertando la preocupación contenida de la gente o rompiendo la inhibición de quienes se han mantenido ciegos o mudos ante experiencias propias o de familiares. La automutilación del recuerdo y su recuperación son parte del trauma contemporáneo. España, víctima de una censura oficial implacable, ha padecido también una autocensura extendida. Según su intensidad, se necesita hasta medio siglo para que la congoja deje aflorar la memoria. Günther Grass acaba de recordarnos que su madre no le confesó hasta su lecho de muerte que había sido violada por un soldado al entrar los rusos en Prusia. El rescate suele llegar tarde. Hace cinco meses acudí al Congreso sobre los campos de concentración del franquismo organizado por la Universidad Autónoma de Barcelona y el Museu de Història de Catalunya y relaté la experiencia de mi paso por el Valle de los Caídos. Hoy de Cuelgamuros quedamos cuatro.